

Así miraba en otro tiempo la reina pagana á los héroes de la Edad Media, verdaderos caballeros de la justa medida. Y después de contemplarlos un rato, exclamó, poseída de admiración y entusiasmo: «Veo ahora que los que estáis bautizados poseéis los más elevados dones, y que es merecido vuestro elogio, porque es magnífica la nobleza de vuestro continente, y brilla en vosotros la belleza unida á la fuerza viril». <sup>(1)</sup>

(1) *Parcival*, 329 y sig. (Bartsch, 6, 1474 y sig.).

## CONFERENCIA XVI

### CARÁCTER DE LA VIRTUD CRISTIANA

1. El simbolismo religioso como termómetro de la cultura del espíritu. El ideal animal de las antiguas imágenes de los dioses: el carácter humano de los productos del arte cristiano.—Uno de los mejores medios para determinar la elevación de la cultura intelectual de un pueblo consiste en examinar su simbolismo religioso. El simbolismo escoge un objeto de la vida natural, por medio del cual hace sensible una idea suprasensible. Cuanto más natural y sencilla es la imagen sensible, tanto más claramente expresa el simbolismo lo que debe significar; y cuanto más elevada es la idea oculta bajo la representación sensible, más soberanamente representa su papel. Por eso no puede hacer nada conveniente, sino con la doble condición de hallarse tan bien en sí misma, en el dominio de la naturaleza, como claramente conduce á lo suprasensible y al mundo del espíritu.

Considerado desde este punto de vista, no hay duda que pertenece el primer premio al simbolismo religioso de la Edad Media. Su inagotable variedad, su sencillez, la profundidad de su lenguaje, son cosas que desgraciadamente hoy nos son inaccesibles. Por el contrario, la civilización de la antigüedad, acusa en esta materia tal pobreza y tal impotencia, que no es posible cubrirlas con color alguno. Sólo hay un punto incomprensible, y es que están siempre obstinados los sabios en hallar profundos y grandiosos misterios en las ceremonias de Eleusis. Pero los antiguos no tenían misterios que ocultar. Si nos hablan

de misterios con tanto entusiasmo, es sólo para mostrarnos que se contentaban con la más triste expresión de las grandes ideas. Lo que conocemos de los símbolos de la antigüedad es suficiente para probarnos que eran tan insignificantes, y lo que es peor todavía, que eran tan repugnantes y tan vulgares, como el conjunto todo entero.

Por otra parte, esta censura alcanza igualmente á todas las mitologías y á todas las exposiciones artísticas de los antiguos, lo mismo á las de los egipcios, de los asirios y de los judíos, que á las de los griegos. Son tan impuros los símbolos que están más en uso y más extendidos, que no nos atrevemos á hablar de ellos. Podemos tratar de dar una explicación menos dura; sin embargo, no puede negarse que la elección de tales símbolos religiosos, supone á la vez deplorable aberración desde el punto de vista de la moralidad natural, y una ausencia lastimosa de todo sentimiento humano.

En cuanto á la parte menos enojosa del simbolismo de los antiguos, podemos afirmar que atestigua carencia absoluta de espíritu; y se aplica esto en particular á su simbolismo religioso, en que se toma como emblemas á los animales. Ammon con cabeza de carnero, Anubis con cabeza de perro, Thot con cabeza de ibis, el toro alado con cabeza de hombre. Nisroch en forma de águila, Nergal en forma de gallo, Asima en la de macho cabrío, Tartak en la de asno, Wichnú en la de pescado ó de tortuga; ¿qué son sino caricaturas de la divinidad todas esas figuras grotescas, con sus colas de pescado, sus trompas de elefante, sus alas de murciélago? Siempre y por todas partes se encuentra la mezcolanza más irracional de lo divino desfigurado y de lo humano mutilado.

Pero no tenemos motivo alguno particular para hacer recaer todas nuestras censuras sobre los orientales, porque no son superiores en esta materia los griegos, á quienes se atribuyen tan delicados sentimientos.

Quien examine atentamente el busto de Júpiter de Otricoli, aun cuando le sea desconocida la observación de

Winkelmann, <sup>(1)</sup> pensará con toda naturalidad que aquella estatua del dios griego «tiene tanto de león como de hombre». Hay muchísimas cabezas de Júpiter que, sin titubear, se podrían tomar por cabezas de león, si se ocultara la parte inferior de la cara. No dijo un despropósito Julio Braun al dar el nombre de «ternero gigante» á la asquerosa estatua de Hércules niño en el museo capitolino. <sup>(2)</sup>

¿Cómo se les pudo ocurrir á los antiguos artistas hacer pasar las facciones del rey de los animales por las de su dios supremo, y el busto de un toro por la imagen de Hércules? Nadie podrá negar que aquellos grandes maestros interpretaron con la mayor exactitud el espíritu de la antigüedad, y que acaso lo vaciaron con más fidelidad que los mismos antiguos poetas. Cuando querían modelar la estatua de una divinidad, no tenían más que un pensamiento: dar cuerpo, no á una forma divina, sino á la más alta concepción humana á que podían elevarse. Y ¿qué sucedía entonces? Una vez que habían reflexionado, su incomparable cincel producía una estatua completamente extraña á la humanidad perfecta y natural, pero semejante á la humanidad purificada y ennoblecida (en el sentido que daban ellos á estas palabras); ó más bien, una estatua magnífica, reveladora de la fuerza y de la pasión de un animal indomable, oculto bajo una espléndida envoltura humana.

Así hablan los críticos de la pura humanidad, con respecto á las antiguas estatuas de los dioses. Pero, ¿quién es el que querrá ver una representación de la más pura humanidad en esa descorazonadora mezcolanza de un gato y de una serpiente, bajo cuyos rasgos nos pintan los poetas á la madre del pecado? ¿Quién se atrevería á pretender contemplar el ideal de la verdadera mujer, y más aún, el de la verdadera humanidad (que no hablamos aquí de lo sobrenatural) al dirigir la vista á Juno Ludovisi viéndola en su

(1) Winkelmann, *Gesch. der Kunst der Alterth.*, B. 4, K. 2, 540.

(2) Braun, *Ruinen und Museen Roms*, 185.

glacial actitud, llena de indomable orgullo y pronta á encenderse cada momento en el fuego de un odio irreconciliable? Se la podrá encontrar bella; pero jamás inspirará confianza esa forma artística con su fría belleza sensible, porque nadie podrá imaginar que en aquel pecho pueda latir un corazón compasivo. Admiramos la perfección del arte en todas esas imágenes antiguas; pero en el mejor de los casos, ante ellas permanece seco el corazón, y con frecuencia se siente rechazado por un brutal é inhumano poder que parece salir de ellas.

¡Qué contraste, cuando nos detenemos ante una obra maestra del arte cristiano! No me es posible representarme un hombre que no se sienta embargado de gozo y de ternura ante los cuadros del amable Fra Angélico, y cuyo corazón no vibre de emoción y de confianza á la vista del magnífico Cristo de Leonardo, en que se revela una mansedumbre á la vez humana y celestial. ¡Quién no querría conocer por experiencia propia la influencia purificadora que ejerce en el corazón del hombre el espectáculo de un dolor profundo, pero comprendido con un sentimiento divino, cuando fija su atención en el sufrimiento lleno de dignidad, y en la humilde resignación de la Madre de Dios al pie de la cruz, debida al pincel de un Veit Stoss ó de un Diego Correa! Ante la Niobe pagana, no pueden inspirarnos verdadera compasión el inmenso sentimiento de dolor de la madre en su explosión patética y teatral, ni el orgullo con que aparece ante sus hijos, y que no cede ni un punto en la desgracia, ni su arisca é impotente obstinación. Pero si contemplamos á nuestra Madre de los Dolores, tenemos delante un dolor inmenso, insondable, amargo como el océano del mundo, y, sin embargo, sereno y tranquilo como el mismo cielo. Y es tan verdadero y tan natural, que, sin proferir una palabra, sin hacer un gesto, nos habla un lenguaje con que nos pinta de una manera sobrenatural, la perfecta sumisión á Dios, invitándonos con su sola mirada á unirnos íntimamente á ella.

Sí, en verdad, aunque no tuviéramos más que un solo

buen cuadro de la «Mater Dolorosa» cristiana, sería más que suficiente para ponernos á la vista la unión de lo natural y de lo sobrenatural, diciéndonos como por esa unión no sólo no queda rebajada la naturaleza, sino que es protegida, purificada y elevada á la más alta perfección.

**2. Nuestra inteligencia admira la virtud antigua; pero huye de ella nuestro corazón á causa de su dureza.**—Ofrécesenos aquí el mayor contraste entre la más elevada perfección cristiana y la perfección pagana. Nadie negará á la antigüedad los esfuerzos morales que hizo, y la gloria que le resulta de multitud de acciones grandiosas; pero mientras las admira nuestra inteligencia, no pocas veces está en contradicción con ellas nuestro sentimiento. En el ardor de su entusiasmo, hizo voto Jefe de ofrecer en sacrificio la primera persona que encontrase en su camino de vuelta de la victoria. Por desgracia, no pudo esperar su propia hija el momento de la llegada de su padre al hogar propio, y corrió á su encuentro. Y él, verdadero modelo de la antigua disciplina militar, no pudo decidirse á informarse del sumo sacerdote, como lo preceptuaba la ley, si era obligatorio su voto, atendidas las circunstancias tan imprevistas como inauditas en que lo había hecho. Entregó, pues, á una muerte prematura á su querida hija en toda la flor de su belleza virginal. <sup>(1)</sup>

Un día, en un combate, el valor y el amor á la patria, obligaron al joven Manlio victorioso á ir en persecución de los enemigos. Su padre, Manlio Torcuato, deja que se cumpla sin compasión la sentencia de muerte pronunciada contra el transgresor de sus órdenes. <sup>(2)</sup> ¡He aquí en toda su expresión la antigüedad! ¡He aquí de manifiesto toda virtud romana! Nos llenamos de admiración, pero al mismo tiempo temblamos de horror. Su regla es aquel derecho de hierro que hace cuartos el cuerpo del deudor y los reparte entre los acreedores; <sup>(3)</sup> aquel derecho de hierro,

(1) Jueces, XI, 34 y sig.

(2) Tito Livio, 8, 7.

(3) Aulo Gell., 20, 1.

que hubiera permitido que pereciera el mundo entero antes que renunciar al cumplimiento de la ley hasta en la última letra. Considerados desde el punto de vista de esta terrible rigidez, todos los pueblos piensan del mismo modo.

También el derecho germánico permite á los acreedores repartirse los trozos del deudor, si es incapaz de pagar. <sup>(1)</sup> Creían los godos que no podían satisfacer mejor á sus divinidades que derramando sangre humana. <sup>(2)</sup> Usar como adorno la piel de la cabeza de un enemigo vencido, servirse de su cráneo como de copa, era la mayor gloria que conocían los escitas. <sup>(3)</sup> Los egipcios hacían objeto de sus cantos y de sus sueños, el castigo de los pueblos y de los hombres impuros que honraban á los dioses extraños de una manera opuesta á la razón. El derecho de los asirios era dejar arrastrarse bajo las mesas, durante los festines y al lado de los perros, á los reyes que habían hecho prisioneros, después de sacarles los ojos. <sup>(4)</sup> El valor militar y el amor al país imponían á los damascenos la orden de aplastar con carros armados de guadañas á los enemigos de la patria vencidos.

La idea que de la justicia se habían formado los romanos era ver en un mismo día el honor del triunfo para el vencedor y la muerte para el vencido. <sup>(5)</sup> Aquella legislación draconiana que castigaba con la pena de muerte el robo de diez dracmas ó de una planta de jardín, y que no imponía ningún castigo severo al asesino ni al que robaba cien talentos en un templo, por la razón de que no hallaba ninguna razón; <sup>(6)</sup> la constitución de Solón con su inexorable ostracismo, sin hablar de la de Licurgo, que sacrificaba á la patria la familia, los hijos, la castidad de las jóvenes y la virtud de las mujeres; todo aquello era la verdadera expresión del viejo sentimiento pagano de jus-

(1) Grimm, *Deutsche Rechtsalterthümer*, 616, 690.

(2) Jornandes, 5.

(3) Herodoto, 4, 64, 65.

(4) Kaulen, *Assyrien und Babylonien*, (2), 195 y sig.

(5) Cicerón, *Verr.*, 5, 30.

(6) Plutarco, *Solon*, 17; Aulo Gell., 11, 18.

ticia. Aquella desapiadada doctrina de los estoicos, que confesaba que nadie podía cumplirla, pero que abrumaba con su desprecio, considerándolo loco y retrógrado, al que no la seguía, es el punto más elevado que, como enseñanza de la virtud, puede ofrecer á nuestra imitación toda la antigüedad. No sólo se permitían, sino que se contaban como obligaciones el odio y la venganza contra el enemigo; <sup>(1)</sup> y bajo pena de deshonor, era impuesta la venganza sangrienta. Los ejemplos que nos ofrece la antigua virtud son una severidad, cuyas exigencias traspasan todos los límites, una lógica que llega á los extremos en su aplicación, y la consideración de la moderación y de los miramientos con respecto á la debilidad humana, como cobardía imperdonable.

Podemos, sin duda, decorar todo esto con los dictados de «grandioso y sublime»; demos gracias á Dios de que nuestras exigencias revelen más mansedumbre y más humanidad.

**3. Contraste entre la virtud pagana y la virtud cristiana: ¿está formado por la oposición que existe entre el carácter viril y el carácter femenino, entre el carácter heroico y el carácter amable?**—Se ha pensado en formular así esta observación que se nos impone por sí misma. «El Paganismo responde mejor al carácter del hombre, y el Cristianismo al de la mujer». <sup>(2)</sup> El tipo cristiano es la glorificación de las cualidades amables; el tipo estoico la glorificación de las cualidades heroicas. Aun esa transformación que ha hecho nacer la victoria de la moral cristiana, destronando las virtudes viriles que habían reinado hasta entonces, y poniendo en su lugar las virtudes femeninas, nada tiene de cristiano, sino que es más bien resultado del desenvolvimiento de la antigüedad, resultado al que abrió paso la unión de la suavidad del espíritu griego y del estoicismo romano. <sup>(3)</sup>

(1) Nægelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 246 y sig.

(2) Lecky, *Sittengesch. von Augustus bis Karl d. Gr.*, II, 297 y sig.

(3) *Id.*, *id.*, *id.*, I, 140, 207, 221.

No hay que añadir una palabra á lo que ya hemos dicho para mostrar que en esta materia no se separa de todo el mundo antiguo el espíritu griego. No es difícil hallarlo todo hermoso en Grecia, cuando se la contempla á través de la lente de las ideas que nos ha traído el Cristianismo. Pero si tomamos la vida de los griegos tal cual era en realidad, y tal cual la veían los griegos con sus mismos ojos, no significa entonces gran cosa aquel suave y amable carácter. En los últimos siglos que precedieron á Jesucristo, se hizo proverbial el carácter de los griegos á causa de su depravación; les era insoportable el país natal, y buscaban estado y condiciones mejores, ya en Roma, ya en Alejandría y hasta entre los bárbaros; lo cual no era muy á propósito para favorecer el ennoblecimiento de su carácter. Allí, como en todas partes, tuvo que crear un mundo nuevo el Cristianismo. Entre los pueblos de aquella época, ninguno le ayudó, aun cuando tomó de ellos todo lo que pudo utilizar para llegar á su fin.

Síguese, pues, de aquí, si tenemos buena memoria, que emprendió sus expediciones conquistadoras, precisamente cuando celebraba sus más magníficos triunfos la más severa idea de la virtud estoica, terminando el maravilloso edificio de la legislación romana. Si es cierto que la doctrina cristiana ha tomado mucho de la religión y de la moral naturales, ó las ha supuesto, no hay duda que debió aparecer en tiempos anteriores á aquellos y mejores para la humanidad. En aquellos últimos días, en que perecía extenuado el viejo mundo, nada quedaba de la verdadera naturaleza, de aquella naturaleza que hubiera podido acoger sin previa purificación. El espíritu que dominaba en los últimos tiempos del Paganismo estaba tan lejos del espíritu del Cristianismo, como del espíritu de los primeros tiempos del Paganismo. Es un hecho de capital importancia. Y sería insultar á la verdad histórica, si negásemos el origen independiente y la forma propia del carácter cristiano.

Conviene mucho hacer notar que la última filosofía pro-

pia de Grecia, la filosofía más extendida y más popular de toda la antigüedad, es precisamente el Estoicismo. Pero el Estoicismo y el Cristianismo están muy lejos de ser dos doctrinas que guarden entre sí conformidad esencial, ni aun siquiera semejanza. Cuando por casualidad están conformes entre sí algunas ideas aisladas, conformidad que es necesario atribuir, la mayor parte de las veces, al contraste general con la decadencia de la época, se ve que por su propia naturaleza están en la oposición más completa el Cristianismo y el Estoicismo. (1)

Examínese el desarrollo de la antigüedad tomando como punto de partida la psicología y la historia, y el único resultado final, el único y el mismo siempre, será que la filosofía estoica es la única que corresponde al espíritu antiguo, formando realmente un punto de partida en la marcha de toda la civilización antigua. ¿Queremos un testimonio de que jamás estuvieron acordes en el conjunto el espíritu estoico y el espíritu cristiano? No hay más que consultar la historia de la Iglesia, lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos. Hombres como Taciano, Tertuliano, Arnaldo, Pascal, y muchos otros jansenistas hubieran hecho incomparables figuras de estoicos. Pero eran cristianos, y como tales, no les permitía su carácter permanecer en el seno de la Iglesia, aunque, con respecto á ellos, usó siempre ésta de todos los miramientos posibles, á causa de los servicios que le habían prestado.

Confirma esta verdad el juicio general de la opinión pública; esto es, que no encuadra en el carácter cristiano el antiguo carácter estoico. Tenemos aquí presente el juicio de reprobación que se formó de un hombre que aparece entre las figuras menos comprendidas de la historia: el sombrío Alba. Aquel rudo general que anduvo de victoria en victoria, que con fidelidad y circunspección incomparables triunfó de todas las situaciones, hasta de las más desesperadas, y que solo olvidó una cosa: obrar con suavidad; aquel gran servidor de la patria, cuya abnegación es-

(1) Hermann, *Culturgeschichte der Griechen und Römer*, II, 174.